



# Table of Contents

1. [Noticia \[Page 1\]](#)
2. [Del lugar y la hora en que los incrédulos chinchinos comprobaron que Garabombo era transparente \[Page 2\]](#)

## Noticia

Este libro es también un capítulo de la Guerra Callada que opone, desde hace siglos, a la sociedad criolla del Perú y a los sobrevivientes de las grandes culturas precolombinas. Cientos de miles de hombres - muchísimos más que todos los muertos de nuestras inglorias guerras "oficiales" - han caído librando esta lucha desesperada. Los historiadores casi no consignan la atrocidad ni la grandeza de este desigual combate que, por enésima vez, ensangrentó las cordilleras de Pasco en 1962.

Dieciocho meses después de la masacre de Rancas, la comunidad de Yanahuanca, comandada por Fermín Espinoza, Garabombo, invadió y recuperó los casi inabarcables territorios de las haciendas Uchumarca, Chinche y Pacoyán. Era el amanecer de la gran epopeya andina que concluiría con el feudalismo en el centro de Perú!

M S.

# Del lugar y la hora en que los incrédulos chinchinos comprobaron que Garabombo era transparente

Entonces todos comprobaron que Garabombo era verdaderamente invisible. Antiguo, majestuoso, interminable, Garabombo avanzó hacia la Guardia de Asalto que bloqueaba la Plaza de Armas de Yanahuanca. Sólo perros nerviosos habitaban la friolenta soledad. Veinte guardias, con los capotes levantados contra el cierzo, defendían la bajada al río Chaupihuranga. El sol de las cinco fulgía sobre los cascos. Sin amedrentarse, Garabombo enfiló hacia los centinelas. En la esquina la angustia devastó a los chinchinos. ¿Lo veían o no lo veían? Despreciando un fúsil ametrallador montado sobre un trípode de combate, Garabombo progresó hacia el pelotón acumulado delante del Puesto (porque los ineptos guardias civiles sólo servían para darle agua a los caballos de las Tropas Especiales); atravesó la calle. ¿Lo veían o no lo veían? El mismo Melecio Cuéllar, su cuñado, se hundió las uñas en las palmas sudorosas. ¿Garabombo ingresaría y saldría indemne del Puesto o los centinelas ignoraban su insolencia únicamente para justificar la descarga? Hasta Amalia Cuéllar, su mujer - que más que nadie carecía de motivos para desconfiar - se tapó la boca con su pañolón azul. «Está subiendo la vereda», describió, sin necesidad, Amador, el Sonriente. ¿Lo miraban o no lo miraban? ¿Garabombo pisaba la puerta del Puesto o la de su muerte? Uno de los centinelas levantó la metralleta. La multitud gimió. Siempre escultórico, Garabombo se detuvo. Por la puerta emergió el abrigo verde, la cara pecosa del comandante Bodenaco. Garabombo se pegó contra la pared. Con intolerable lentitud Guillermo, el Carnicero, extrajo una cajetilla y encendió un cigarrillo. El humo brilló contra el ocaso. Siempre arrimado contra la pared, ingresó. Los chinchinos esperaron el balazo ineluctable. En la plaza un oficial se cuadró delante del comandante Bodenaco. «Está dando parte», susurró Víctor de la Rosa, ex sargento de infantería. Le contestó un plural gemido. «Ahora Garabombo saludaba - con una insolentísima sonrisa - desde una de las ventanas del Puesto! «Apresúrate, grandísimo cabrón», gruñó Corasma.

-No lo ven -sonrió Amador Cayetano, el presidente de la comunidad -. «Es invisible!

-Hace siete años que es invisible -susurró Melecio Cuéllar.

«Nadie lo veía! Protegido por su carne transparente, antes del anochecer Garabombo se apoderaría de los planes secretos de la Guardia de Asalto. Esa misma noche la comunidad conocería las instrucciones de la 21ª Comandancia.